

Los libros de caballerías más allá de la imprenta: claves de su supervivencia¹

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS
Universidad Complutense de Madrid /CEC
Espanha

El segundo don *Quijote*, el de 1615, el peculiar libro de caballerías que concluye Miguel de Cervantes acuciado por las prisas después de la publicación del *Quijote* apócrifo en 1614, termina con una curiosa recomendación de Cide Hamete a su pluma, de la que se declara único propietario y digno de empuñarla y dar cuenta de las aventuras caballerescas del ingenioso hidalgo manchego: “Para mí sola nació don Quijote, y yo para él”. Y este curioso texto finaliza con unas recomendaciones que, estando muy apegadas al momento histórico en que fueron escritas y debían ser leídas (la crítica al *Quijote* avellanescos), han sido recogidas por la crítica de los siglos XVIII y XIX como una sentencia real de muerte a la difusión del género caballeresco después del triunfo de la obra cervantina:

con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que, por las de mi verdadero don Quijote, van ya **tropezando**, y han de caer del todo, sin duda alguna. Vale (II, cap. 74)

Y de la mano de esta cita (que se une a la sentencia del canónigo toledano en la primera parte, que hablaba de los libros de caballerías como una “misma cosa”), se ha creado una imagen distorsionada de la realidad narrativa y de recepción de los libros de caballerías (y de la materia caballeresca) a lo largo de los siglos, una imagen que habla de un género narrativo que gozó de un gran éxito en la primera mitad del siglo XVI, que entró en decadencia de la mano del propio imperio español en la segunda mitad de la centuria, para encarar el siglo XVII en total crisis (tan solo se contabiliza la edición de un nuevo texto caballeresco en 1602: el *Policisne de Boecia*), el “ir ya tropezando”, que encontrará en la genialidad (y originalidad) de la obra cervantina la puntilla que terminará por acabar con su difusión e, incluso, con su recuerdo. Las citas de autoridades pueden llevarnos al colapso por repetitivas de aquellas expuestas e indicadas a finales del siglo XVIII y principios del XIX; cuando el *Quijote* se llena de notas a pie de página y de estudios y análisis, de la mano de Bowle, Pellicer y Clemencín.

¹ Este trabajo se enmarca dentro de los proyectos de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología: *Plataforma Cervantes*: FFI2009-11483 e *Historia de la Métrica Medieval Castellana*: FFI2009-09300 y como actividad del Grupo de Investigación: Seminario de Filología Medieval y Renacentista de la Universidad de Alcalá.

Pero la difusión de la materia caballeresca en el siglo XVII y el rápido éxito de la obra cervantina en Francia, Italia, Portugal... se ve de una manera bien distinta si evitamos una perspectiva castellanista, restringida y (casi) nacionalista y emprendemos una visión más general, más románica, más europea.

I. LOS LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS Y LA INDUSTRIA EDITORIAL

El éxito de los libros de caballerías desde finales del siglo XV hasta los primeros decenios del siglo XVII no puede entenderse sin tener en cuenta la nueva tecnología de transmisión que triunfa en este momento: la imprenta, que de un arte (la época incunable) terminará por convertirse en una industria; una industria que gozará en la Península Ibérica de un cierto esplendor en la primera mitad del siglo XVI. La industria editorial europea se organiza a partir de grandes centros editoriales vinculados a determinadas ciudades (Colonia, Lyon, Amberes o Venecia) y, sobre todo, de complejas redes comerciales de libreros que desde Alemania, Italia y Francia, principalmente, irán extendiendo sus influencias a lo largo y ancho de la industria editorial europea. La base de este floreciente comercio, de esta importante industria –que jugará un papel determinante en las luchas religiosas que convulsionarán toda la centuria– tiene un nombre: “el libro internacional”, es decir, aquella publicación en latín que trata sobre materias universitarias, científicas, religiosas, teológicas, litúrgicas, de derecho... libros que gozaban de un comercio universal y que, gracias a las redes de libreros que se habían tejido por toda Europa, llegaban a los mercados hispánicos a un precio más económico del que podrían ofrecer los impresores y editores españoles. De este modo, ajenos a este floreciente negocio editorial, las imprentas hispánicas intentaron sobrevivir siguiendo dos estrategias comerciales diferentes: por un lado, la edición de obras vernáculas, en especial, en castellano y en catalán; y por otro, la especialización editorial de los centros editoriales, e incluso de determinados talleres de impresión dentro de una misma ciudad. Así, no extraña que tan solo en época incunable la producción de obras vernáculas en los diferentes talleres hispánicos supere el 50%, frente a lo que sucede en otras industrias editoriales europeas en este mismo período: el 21% para Italia, el 24% para Alemania o el 35% para Francia.

Y dentro de esta tendencia, destacan –dejando al margen las religiosas, que seguirán constituyendo el núcleo central de producción– los libros de caballerías castellanos², de los que llegaron a escribirse y difundirse más de ochenta textos diferentes desde finales del siglo XV, donde se sitúa el incunable de los cuatro libros de *Amadís de Gaula*, refundidos por Garci Rodríguez de Montalvo, hasta años posteriores a 1623, cuando debió terminarse de escribir la *Quinta Parte de Espejo de Príncipes y Caballeros*, que sólo se transmitió de modo manuscrito³. Y de estos textos se realizaron centenares de reediciones, por lo que bien puede asegurarse que no hay ciudad editorial, no hay taller hispánico que no se haya acercado a los libros de caballerías en algún momento, ya que constituían un éxito (casi) asegurado. El cuadro 1 viene a ofrecernos las cifras de esta difusión.

2 E incluso podríamos ampliar el influjo económico a la Materia caballeresca, en especial a las “Historias Caballerescas Breves” (en formato cuarto) y al “Romancero” (que se difundía en pliegos de cordel), que permitía acceder a un público mucho más popular y permitía mantener siempre activas las prensas sin tener que asumir una gran inversión económica en papel. Para una visión general de la Materia caballeresca, puede consultarse ahora, José Manuel Lucía Megías (ed.), *Amadís de Gaula, 1508: Quinientos Años de Libros de Caballerías*, Madrid, Biblioteca Nacional de España, 2008.

3 Para un listado completo de los mismos, véase el Apéndice 1.

CIUDAD	FECHAS	Nº TALLERES	Nº EDICIONES	Nº PRINCEPS	%
ALCALÁ DE HENARES	1563-1588	6	12	2	17%
BARCELONA	1531-1576	3	3	3	100%
BILBAO	1585	1	1	0	0%
BURGOS	1498-1587	7	10	4	40%
CUENCA	1530	1	1	1	100%
ESTELLA	1564	1	2	0	0%
MEDINA DEL CAMPO	1535-1586	4	9	2	22%
SALAMANCA	1510-1575	5	10	7	70%
SEVILLA	[1496]-1586	13	77	12	15%
TOLEDO	1515-1580	9	23	12	52%
VALENCIA	1516-1540	5	8	7	88%
VALLADOLID	1501-1602	7	11	9	82%
ZARAGOZA	1508-1623	11	14	2	14%

Cuadro 1: Talleres de impresión hispánicos de libros de caballerías

A este cuadro, deberíamos incluir también los libros de caballerías castellanos que se imprimieron en otras ciudades europeas, lo que muestra su auge y vigencia así como la estrecha relación editorial entre Castilla y Portugal (en especial, las imprentas sevillanas con las de Évora y Lisboa):

ROMA:

1. Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* (I-IV): [Roma], Antonio Martínez de Salamanca, 1519 (19 de abril).
2. Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián* (V): [¿Roma?], Jacobo de Junta y Antonio Martínez de Salamanca, 1525 (1 de septiembre).

VENECIA:

1. *Palmerín de Olivia*: Venecia, Gregorio de Gregoris, 1526 (23 de noviembre).
2. Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula* (I-IV): Venecia, Juan Antonio de Nicolini Sabio, 1533 (7 de septiembre).
3. *Primaleón* (II): Venecia, Juan Antonio de Nicolini Sabio (a costa de Juan Batista Pedreçan, mercader de libros), 1534 (1 de febrero).
4. *Palmerín de Olivia* (I): Venecia, Juan Paduan y Venturin de Rufinelli, 1534 (agosto).

LISBOA

1. *Florando de Inglaterra* (partes I-II): Lisboa, Germão Galharde, 1545 (20 de febrero).
2. *Florando de Inglaterra* (parte III): Lisboa, Germão Galharde, 1545 (20 de abril).
3. *Taurismundo*: Lisboa, Diego de Ciudad, 1549 (sin ejemplares conservados)
4. *Primaleón* (II): Lisboa, Manuel Joan, 1566.
5. Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea* (X): Lisboa, Marcos Borges, 1566 (20 de abril).
6. Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia* (VII): Lisboa, Alfonso Lopes, 1587 (finales de octubre).
7. Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia* (IX): Lisboa, Simão Lopes, 1596
8. *Primaleón*: Lisboa, Simão Lopes, 1598.

ÉVORA

1. Feliciano de Silva, *Florisel de Niquea* (XI): (Évora, en casa de los herederos de André de Burgos, sin fecha [h. 1550])
2. *Palmerín de Olivia*: Évora, Cristóvão de Burgos, 1581

En un rápido análisis de estas ediciones, vemos la gran diferencia entre la industria italiana y la portuguesa, limitándose la primera a los años de esplendor del género, intentando aprovechar el tirón con cuidadas ediciones (algunas de ellas cuidadas por Francisco Delicado), en letra romana, amplios márgenes y cuidadas xilografías para el mercado europeo, mientras que la imprenta portuguesa parece asumir la edición de algunos de los libros más exitosos (especialmente los pertenecientes al ciclo de *Amadís de Gaula*, columna vertebral del género caballeresco) cuando la imprenta castellana y aragonesa parece estar lejos de poder asumir el coste de la impresión de los folios caballerescos.

Los datos están ahí y la decadencia de las impresiones caballerescas en suelo castellano y aragonés es inapelable, pero no así las conclusiones: ¿se dejaron de imprimir folios caballerescos por falta de interés, porque el público cortesano y noble volvió los ojos y sus carteras a géneros más novedosos como los libros de pastores, o más bien, este descenso en la edición caballeresca es muestra de la decadencia de la propia industria, incapaz ahora de asumir este tipo de proyectos editoriales?

La proliferación de libros de caballerías manuscritos desde mediados del siglo XVI, algunos de ellos conservados en varias copias, lo que muestra la recuperación de la difusión manuscrita para este tipo de obras, parece que nos obliga a darle un giro copernicano a los datos ofrecidos por Chevalier. En concreto estamos hablando de diecisiete textos, conservados en veinte códices⁴:

- [1] *Crónica del Príncipe Adramón* (BNationale de France: Esp. 191)
- [2] *Quinta Parte de Don Belianís de Grecia y de Su Hijo Velflorán con Sus Grandes Echos* (BNE: Ms. 13138).
- [3] *Historia del Invencible y Clarísimo Príncipe Bencimarte de Lusitania, Emperador del Gran Cairo, y de Otros Principes de Su Linaje* (Real Biblioteca de Madrid: II.547 y II.1708)
- [4] *Libro Tercero del Inclito Cavallero de la Luna* [también incluye el cuarto] (BNE: Ms. 8370 y Ms. 10247).
- [5] *Historia Caballeresca de Don Claridoro de España* (BNE: Ms. 22070).
- [6] *Clarís de Trapisonda* (Real Biblioteca de Madrid: ms. II.2504)
- [7] Jerónimo de Urrea, *Don Clarisel de las Flores y de Austrasia (tres partes)*. La primera parte se conserva en dos copias (Biblioteca Apostólica Vaticana [Barberini. lat. 3610] e Hispanic Society de Nueva York [HC 397/715]) y la segunda y tercera en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza (Mss. 162 y 163). Se conservan además algunos fragmentos de la tercera parte en la Biblioteca particular de Ángel Conellas en Zaragoza.

4 La mayoría de estos textos permanecen aún inéditos. Sólo se han editado modernamente la *Crónica del Príncipe Adramón* (Anderson, 1992), y a finales del siglo XIX don José María Asensio editó los primeros veinticinco capítulos del libro I de *Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea, según el manuscrito que hoy se conserva en la Hispanic Society (1879), y más modernamente Pierre Geneste (1966 y 1978) ha editado y estudiado algunos fragmentos y sus poesías. *Lidamarte de Armenia* de Damasio de Frías y la *Historia del Caballero Don Polismán* de Jerónimo de Contreras han sido estudiados y editados por dos investigadoras como "dissertations" norteamericanas (Mora-Mallo, 1979 y Lee Cozad, 1975), y hace algunos años publiqué una edición de *Flor de Caballerías* (2000), dentro de la colección de "Los Libros de Rocinante" del Centro de Estudios Cervantinos. En la actualidad, se encuentran en marcha varias tesis doctorales, que darán a conocer diversos libros de caballerías manuscritos: *Tercera Parte de Florambel de Lucea* (M^a Mar Rodríguez Alemán), *Quinta Parte de Espejo de Príncipes y Caballeros* (Elisabet Magro García), *Claridoro de España* (Rocío Vilches) y *Marsindo* (Verónica González).

- [8] *Quinta Parte de Espejo de Príncipes y Caballeros* (BNE: Ms. 13137).
- [9] *Aventuras de Filorante* (Biblioteca Zubalburu de Madrid: Ms. 73-240)
- [10] Francisco de Barahona, *Libro Primero de la Primera Parte de Flor de Cavallerías* (Real Biblioteca de Madrid: II-3060)
- [11] Francisco de Enciso Zárate, *Tercera Parte de la Historia del Imbencible Caballero Don Floranbel de Lucea, Emperador de Alemania* (Real Biblioteca de Madrid: II.3285 y BNE: ms. 9424).
- [12] *Historia del Imbencible Caballero León Flos de Tracia* (BNE: Ms. 9206).
- [13] Damasio de Frías, *Primera Parte del Cerco de Constantinopla, do se Cuentan los Altos y Soberanos Echos del Valeroso e Invecible Príncipe Lidamarte de Armenia* (Universidad de California: Ms. 118).
- [14] *Libro del Virtuoso y Esforçado Cavallero Marsindo* (Real Academia de la Historia de Madrid: Ms. 9/804).
- [15] Miguel Daza, *Crónica de Don Mexiano de la Esperanza, Caballero de la Fe* (BNE: Ms. 6602)
- [16] Jerónimo de Contreras, *Historia y Libro Primero del Imbencible y Esforçado Caballero Don Polismán* (BNE: Ms. 7839)
- [17] Antonio de Brito da Fonseca Lusitano, *Selva de Cavalarias (Segunda Parte)* (Biblioteca Nacional de Lisboa (COD/11255 y COD/615)

Estos textos, algunos de ellos posteriores a 1623, como la *Quinta Parte del Espejo de Príncipes y Caballeros*, muestran la vitalidad narrativa de un género que perpetúa motivos y fórmulas más allá del triunfo del *Quijote*, del éxito de su propuesta caballeresca a lo ancho y largo de toda Europa. Y, como no podía ser de otro modo, estos textos cuando se difunden de manera manuscrita lo hacen, en líneas generales, siguiendo las pautas y modelos del género editorial caballeresco, el que ha triunfado en la primera mitad del siglo XVI.

Los libros de caballerías se conforman como uno de los géneros editoriales más estables de todo el siglo de Oro, aquel que relaciona unas características externas con un determinado contenido. Cualquier lector de la época, al entrar en una librería o en una biblioteca, al tener en sus manos un determinado ejemplar, sin haber leído ni el título, sin haber llegado a abrir sus páginas ya sabría muy bien identificar que se trata del típico folio caballeresco, que le permitirá conocer las aventuras “de Amadís, de don Galaor, del Caballero del Febo y de lo demás”, como indica Sebastián de Covarrubias en una conocida cita de su *Tesoro de la Lengua Castellana* de 1611. Y en el género editorial de los libros de caballerías destaca un formato (el folio) que le opondrá a las historias caballerescas breves (en cuarto, de carácter más popular), así como a otros géneros narrativos de la época, como la prosa pastoril o la novela picaresca, por poner sólo dos ejemplos exitosos en el mercado hispánico; y junto a este formato, una portada, en que sobresale una estampa xilográfica que representa a un caballero jinete, que le diferenciará con otros géneros editoriales muy similares, como la crónica, que prefiere en las portadas los escudos nobiliarios (aunque las estrategias comerciales para vestir textos crónísticos con ropajes caballerescos o “autorizar” textos caballerescos con ropajes crónísticos constituyen el pan suyo de cada día en la industria editorial española del siglo XVI).

Y en la configuración, en la consolidación de esta imagen, que perdurará hasta las ediciones caballerescas del siglo XVII, los *Espejos de Príncipes y Caballeros* impresos en Zaragoza en 1617 y 1623, ocupa un lugar destacado la dinastía de los Cromberger, desde su fundador, Jacobo (activo desde 1503 hasta 1528), a su hijo, Juan (1525-1545) y su nieto, Jácome (1546-1553), que trabajan en Sevilla, la ciudad en que más ejemplares caballerescos se imprimieron de ediciones caballerescas: 77 en trece talleres diferentes. Y en la ciudad editorial más caballeresca, la que más ejemplares imprimía y exportaba –tanto a América como a los distintos mercados de España, especialmente el de Medina del Campo–, los Cromberger, con 49 ediciones brillaron con luz propia. Y lo hicieron, además, aupados en el (casi) monopolio de las ediciones del ciclo de *Amadís de Gaula*, que es la columna vertebral (tanto literaria como editorial) de los libros de caballe-

rías. Los datos hablan por sí solos si tenemos en cuenta la siguiente relación de las diecinueve reediciones amadisianas que salieron de sus talleres.

Dada la estrecha relación que existe entre la industria editorial y los textos caballerescos, no extraña que algunos de ellos no sean más que “productos comerciales”, peticiones editoriales para dar respuesta a la demanda de nuevos textos o a las continuaciones de aquellos que gozaron de un determinado éxito. Así lo veremos en las primeras décadas del siglo XVI, cuando los editores tienen que “disfrazar” con los ropajes editoriales de los libros de caballerías textos medievales o crónicas para así poder ofrecer “novedades caballerescas” que se estaban demandando; o también así podemos entender la escritura de algunas continuaciones de ciclos con un determinado éxito. En 1587 Juan Íñiguez de Lequerica termina de imprimir en Alcalá de Henares la tercera parte del *Espejo de Príncipes y Caballeros*, escrita por un tal Marcos Martínez. En 1580, había impreso la primera parte, a costa de los libreros Blas de Robles y Diego de Xaramillo, y al año siguiente la segunda. Había, por tanto, un público universitario deseoso de conocer el desenlace de las aventuras del Caballero del Febo y de sus descendientes, y la propuesta debió gustar porque al año siguiente de ver la luz la continuación, en 1588 se vuelve a reeditar la tercera parte en las prensas de Juan Íñiguez de Lequerica, en este caso, a expensas de Diego Martínez, “mercader de libros”, que quizás haya que vincular directamente con el autor de esta continuación, Marcos Martínez. Como sucede en otros casos, parece claro que algunos de los textos caballerescos no debemos estudiarlos como fruto del deseo de sus autores por adentrarse en las posibilidades narrativas del género sino como meros productos comerciales que tenían una única finalidad: ofrecer en el plazo menor posible un texto que pudiera aprovecharse del éxito de las aventuras narradas en las partes anteriores del ciclo.

2. LOS LIBROS DE CABALLERÍAS CASTELLANOS MÁS ALLÁ DE LOS TALLERES DE IMPRESIÓN: LA SUPERVIVENCIA DE UN GÉNERO

El éxito perdurable de los libros de caballerías a lo largo del siglo XVI y de las primeras décadas del siglo XVII lo encontramos también en los diferentes testimonios de lectores y lecturas durante este período. Ya estamos lejos de esa idea de que los libros de caballerías, muy cercanos a la nobleza en la primera mitad del siglo XVI, fueron despreciados por esta durante el reinado de Felipe II, explicando la pervivencia de los libros de caballerías tan solo en ambiente y lectores más populares. Muchos son los datos que permiten comprobar cómo durante el reinado de Felipe II la nobleza castellana, la de más alto rango, seguía disfrutando de las historias caballerescas, aunque en ellas buscara ahora más entretenimiento y menos aprendizaje que a principios de la centuria.

De 1572 se datan las cartas que se envían doña Magdalena de Bobadilla y don Juan de Silva, Conde de Portalegre, dando noticias de las novedades de la corte en Miraflores. Crónica social en clave, ya que sus nombres y los de otros cortesanos se encubren bajo los de los personajes de *Amadís de Gaula*, como se aprecia al inicio y al final de la misiva de Magdalena:

La saudosa Corisandra, a su caballero D. Florestán salud le envió.

Si en la falta de la mía hallarla pudieres, pues por otras cartas habrás sabido será su causa, sólo diré en ésta lo que ha pasado después que llegamos a Miraflores, que se pasa el tiempo en matar venados y coger flores y escoger entre ellas las que llaman pensamientos y no tenerle de cosa que dé pesadumbre. Mavilia por librarse de ella hizo tantas suertes en D. Grumedán que determinó mudarse a Olinda la Mesurada, y para ponerle por obra, encerrose con su amigo D. Gavilán el Cuidador, y con todos los desfavores que Mavilia le hacía, muy recatado de que no le oyesen, acertó a llegar Durín y oyó decir a D. Grumedán: “Ya no hay fuerzas para sufrir las sinrazones de la señora Mavilia. Debe pensar que tengo años para sufrirlo, y engañase, y yo estaría más si porfiase a querer a quien no me quiere”... y tras esto otras cosas, que vinieron a parar en que se quería mudar

a Olinda y que aquel día había venido con ella y le había contentado mucho y se lo había dado a entender. D. Gavilán le respondía que se le pasaría el enojo. Durín fue a reír este cuento con la señora Estrelleta y ella avisó a Mavilia de que Olinda y Grasinda, que son grandes amigas, andaban muy victoriosas pensando que esto era hacerles tiro, y por estorbarles este gusto determinaron que no pasase adelante, y así Mavilia habló a D. Grumedán, y él fue tan pagado que quedó como solía. [...]

Otro día convidó la Duquesa de Gales a su prima Mavilia, Estrelleta, Leonoreta y Grumela, después de comer los criados del Príncipe de Hungría, y ellas echaron suertes por los ausentes. No sé cómo les salieron porque no me hallé allí.

Esto es lo que hasta ahora ha pasado, y lo que más hubiere avisaré.

De la señora Oriana no se habla porque no hay Amadís. (BNE, Cerv. ms. 981, fol. 269v-270v).

La nómina de lectores ilustres de estos libros se abre siempre con la realeza, con la reina Isabel la Católica en cuyo poder obran varios libros artúricos, seguida de Carlos V e Isabel de Portugal, ambos al parecer grandes aficionados según las anécdotas recogidas por Luis Zapata en su *Miscelánea*, como la que tiene como protagonista a Doña María Manuel, una de las damas de la emperatriz, que se encargaba de leer libros de caballerías al emperador Carlos V y a su mujer durante la siesta. Un día, comenzó su lectura con las siguientes palabras

“Capítulo de cómo don Cristóbal Osorio, hijo del Marqués de Villanueva, casaría con Doña María Manuel, dama de la Emperatriz, reina de España, si el Emperador para después de los días de su padre le hiciese merced de la encomienda de Estopa”.

La escena, llena de intención, terminará con un final feliz, de corte caballeresco:

El Emperador dijo:

– Torna a leer ese capítulo, Doña María.

Ella tornó a lo mismo, de la misma manera, y la Emperatriz añadió, diciendo:

– Señor, muy buen capítulo y muy justo es aquello.

El Emperador dijo:

– Leed más adelante, que no sabéis bien leer, que dice: “Sea mucho enhorabuena”.

Entonces ella besó las manos al Emperador y a la Emperatriz por la merced.

La afición por los libros de caballerías del emperador Carlos V la heredan sus hijas, pues la princesa doña Juana, tras sus conversaciones espirituales con San Ignacio de Loyola, toma el firme propósito de hacer un “escrutinio” de los libros de caballerías de que estaba atestada la biblioteca de Palacio, sin embargo, quizá sus consejos nunca desterraron por completo la afición en la casa real y, pocos años después, Feliciano de Silva dedica a su hermana María de Austria la *IV Parte de Florisel de Niquea* (1551) y Beatriz Bernal, a su hermano, el príncipe Felipe, su *Cristalián de España* (1545). La generación de Felipe II sigue apasionándose por estas lecturas y la reina Isabel de Valois y sus damas, recurrían al alquiler para hacerse con ejemplares caballerescos. Antonio de Torquemada dedicará también su *Olivante de Laura* (1564) al rey Felipe II, y lo hará alabando la lectura:

¿Y qué cosa hay más digna de ser leída de los reyes que la historia, de la cual tantos avisos y ejemplos de virtud, así civil como bélica, así para la paz como para la guerra, se sacan? Como aun V. M. puede ver por esta dulce historia de Olivante de Laura, que entre otros libros antiguos de Francia truje, y la hice traducir de lengua griega en castellana, pareciéndome que era digna de venir a las reales manos de V. M. porque con ella tuviese alguna recreación y entretenimiento entre tan grandes y justas ocupaciones como V. M. tiene en

la administración de tantos reinos y señoríos, y en la defensión de la santa fe católica. Es historia muy dulce y apacible y llena de cosas muy hazañosas y de varios acaecimientos y hechos casi increíbles de príncipes de gran valor y ánimo.

Lecturas en voz alta, lecturas y diversiones cortesanas, y también lecturas de las que tendremos también testimonios en las últimas décadas del siglo XVII, como la que Francisco de Portugal ofrece en su *Arte de Galantería* (Lisboa, 1670):

Vino un caballero muy principal para su casa y halló su mujer, hijas y criadas llorando; sobresaltose y preguntoles muy congojado si algún hijo o deudo se les había muerto. Respondieron ahogadas en lágrimas que no. Replicó más confuso:

– Pues, ¿por qué lloráis?

Dijéronle:

– Señor, ¡hase muerto Amadís!

Sin olvidar el éxito de estas aventuras caballerescas en tierras americanas, como relata el portugués Francisco Rodríguez Lobo en su *Corte en Aldea y Noches de Invierno*, publicada por primera vez en Lisboa en 1619:

En la milicia de la India, teniendo un capitán portugués cercada una ciudad de enemigos, ciertos soldados camaradas, que albergaban juntos, traían entre las armas un libro de caballerías con que pasaran el tiempo: uno d'ellos, que sabía menos que los demás de aquella lectura, tenía todo lo que oía leer por verdadero (que hay algunos inocentes que les parece que no puede haber mentiras impresas). Los otros, ayudando a su simpleza, le decían que así era; llegó la ocasión del asalto, en que el buen soldado, envidioso y animado de lo que oía leer, se encendió en deseo de mostrar su valor y hacer una caballería de que quedase memoria, y así se metió entre los enemigos con tanta furia y los comenzó a herir tan reciamente con la espada, que en poco espacio se empeñó de tal suerte, que con mucho trabajo y peligro de los compañeros, y de otros muchos soldados, le ampararon la vida, recogiénolo con mucha honra y no pocas heridas; y reprehendiéndole los amigos aquella temeridad, respondió:

– ¡Ea, dejadme, que no hice la mitad de lo que cada noche leéis de cualquier caballero de vuestro libro!

Y él d'allí adelante fue muy valeroso⁵.

A lo largo del siglo XVI se suceden las críticas a los libros de caballerías, en especial entre los moralistas, que ven en la lectura de estos libros el camino perfecto para que ciertas ideas (siempre relacionadas con el sexo) entraran en las encarceladas estancias femeninas. La pervivencia de estas críticas a lo largo del siglo XVII solo puede ser entendida como el reflejo de una realidad, de una lectura real de tales libros en determinados ámbitos y espacios. Una de las últimas críticas a la lectura de los libros de caballerías se publica en Madrid en 1666. Aparece en la *Historia Moral del Dios Momo*, de Benito Remigio Noydens, que lleva por subtítulo el esclarecedor texto: “Enseñanza de príncipes y súbditos y destierro de novelas y libros de caballerías”. En el prólogo, recuerda un episodio que nos ilustra cómo a estas alturas del siglo XVII, más de cincuenta años de escrito y publicado el triunfante *Don Quijote de la Mancha*, los libros de caballerías siguen siendo lectura habitual en las habitaciones femeninas. La cita es conocida, pero vale la pena volver una vez más sobre ella:

5 Citamos a partir del libro de Irving A. Leonard, *Los Libros del Conquistador* [1949], México, Fondo de Cultura Económica, 1953 (reimpresión de 1996). El texto en portugués puede leerse en el libro de Elisabetta Sarmati, *op. cit.*, pp. 174-175 (obra citada na nota 6 – NE).

No miren las doncellas a los que las miran dos veces, y cuando no pueden retirarse de la conversación con la modestia de su rostro, con la madurez de sus acciones y atención a sus palabras, detengan sus afectos, y estorben sus atrevimientos; huyan de los libros, de las novelas y caballerías, llenos de amores, estupro, de encantos y estragos. Son unas píldoras doradas, que con capa de gustoso entretenimiento lisonjean los ojos, para llenar las bocas de amarguras y tosigar el alma de veneno. Yo me acuerdo haber leído de un hombre sumamente vicioso que, hallándose amartelado de una y sin esperanza de conquistarla, por fuerza se resolvió a cogerla con engaño y maña y, haciéndola poner los ojos de uno d' estos libros con título de entretenimiento, le puso en corazón tales ideas de amores que, componiéndola a su exemplo, descompusieron en ella y arruinaron el honesto estado de su recato y de su vergüenza⁶.

No nos olvidemos que en la primera parte del *Quijote*, por volver una vez más a este curioso libro que es a un tiempo crónica de lecturas y tradiciones como de vida cotidiana, será un ejemplar del Amadís de Gaula el que sirva de medio para que Luscinda le haga llegar a Cardenio un billete en que le declara su amor:

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan a que en más os estime; y así, si quisiéredes sacarme d' esta deuda sin ejecutar en la honra, lo podréis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce y que me quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo. (I, cap. 27).

Y en esta búsqueda de indicios de pervivencia de la lectura de los libros de caballerías castellanos a pesar de la decadencia de la industria editorial hispánica –especialmente la castellana–, y de la paulatina escasez de impresiones caballerescas, nos detendremos ahora en las librerías. ¿Acaso que no se impriman nuevas ediciones caballerescas significa que no se pudieran comprar y conseguir la antiguas? En el inventario de la librería de Benito Boyer, a su muerte en 1592, se encuentran numerosas entradas de libros de caballerías:

- [1] trece Amadís de gaula, folio a ciento y cinquenta y cinco son dos mil y quince
- [2] cinquenta y tres Cauallero de la Crux su primera y segunda parte a ciento y veinte pliegos son seys mil y trecientos y sesenta
- [3] cinquenta y nueve Cauallero del febo tercera parte folio a ciento y ochenta pliegos son diez mil y seyscientos y veinte
- [4] treinta y uno Cauallero de la Crux primera parte folio a cinquenta y seys pliegos son mil y setecientos y treinta y seys
- [5] tres Cauallero del febo primera y segunda parte folio a ducientos y treynta y quatro pliegos son siete-cientos y dos
- [6] diez y ocho don Christalian folio a ciento y sesenta y dos pliegos son dos mil y nuevecientos y diez y seys.
- [7] treinta y quatro Don florisel de niquea segunda parte de la quarta folio a ochenta y seys pliegos son dos mil y nuevecientos y veinte y quatro
- [8] seys don florisel de niquea tercera parte folio a ciento y quarenta y quatro pliegos son ochocientos y sesenta y quatro

6 Cito por el libro de Elisabetta Sarmati, *Le Critiche ai Libri di Cavalleria nel Cinquecento Spagnolo (con uno Sguardo Sul Seicento). Un'Analisi Testuale*, Pisa, Giardini Editori, 1996, p. 179. Es el último de los textos que ofrece en su magnífica y completa antología.

- [9] un Don Belianis complido folio ducientos y trenta y ocho pliegos
- [10] un don belanis primera y segunda parte folio y diez y nueve pliegos
- [11] sesenta y dos espejo de Caualleria folio a ciento y nouenta pliegos son once mil y sietecientos y ochenta
- [12] dos espejo de principe folio a ciento y once pliegos son ducientos y vente y dos
- [13] nueue Lisuarte de grecia folio a cinquenta y seys pliegos son quinientos y quatro
- [14] trenta y nueue Lisuarte de greçia folio a sesenta pliegos son dos mil y trecientos y quarenta
- [15] diez y nueue oliuante de Laura folio a ciento y trenta y dos pliegos son dos mil y quinientos y ocho
- [16] setenta palmarin de oliua folio a nouenta y seys pliegos son seys mill y sietecientos y vente
- [17] quarenta y tres primaleon folio a ciento y diez y ocho pliegos son cinco mil y setenta y quatro
- [18] sesenta trapisonda folio a setenta y dos pliegos son quatro mil y trecientos y vente
- [19] dos don florisel de niquea folio pergamino a sesenta y siete pliegos son ciento y trenta y quatro y ciento y dos mrs.

En total, quinientos veinte y cinco ejemplares de libros de caballerías castellanos, casi tantos como los que actualmente se pueden consultar en las bibliotecas de todo el mundo.

Otro indicio de la lectura continuada del género caballeresco a finales del siglo XVI y principios del XVII lo encontramos en los listados de libros que se siguen llevando a América para su venta, a pesar de las continuas prohibiciones. Entre los casi mil libros que se envían a Francisco de Saavedra el 7 de enero de 1594, encontramos numerosos libros de caballerías:

- [12] “las primeras partes del Caballero del Febo en un cuerpo”.
- [12] “la tercera parte del Caballero del Febo”
- [8] “primera y segunda parte de don Belianís”
- [8] “tercera y cuarta parte de don Belianís”
- [12] “Espejo de caballerías, todas tres partes en un cuerpo”
- [12] “Olivante de Laura”
- [8] “Los cuatro libros de Amadís”
- [4] “Las sergas de Esplandián”
- [4] “Lisuarte de Grecia”
- [8] “Primera y segunda parte de Florisel de Niquea”
- [6] “Florisel de Niquea, primera parte de la cuarta”
- [5] “Segunda parte de la cuarta parte de don Florisel”
- [6] “Tercero de don Florisel de Niquea”
- [8] “Primaleón y don Durados”
- [8] “Primera y segunda parte del Caballero de la Cruz”
- [10] “Don Cristalián y Lucescanio”
- [6] “Palmerín de Oliva”
- [8] “Demanda del Santo Grial en dos cuerpos”

Igualmente interesante es el documento aportado por Leonard en su magnífico *Los Libros del Conquistador* en que se indica los libros que Francisco de la Hoz se compromete a llevar a Lima de vuelta a

su viaje a España, en que no sólo indica los libros que se solicitan sino los que todavía permanecen sin vender en la librería de Juan Jiménez del Río; documento fechado el 22 de febrero de 1583 en la Ciudad de los Reyes, y que presenta seis entradas de libros de caballerías:

1. “8 don Belianís de Grecia, primera y segunda parte no traiga tercera ni cuarta porque acá hay muchas encuadernadas en pergamino”.
2. “12 Caballero del Febo que tengan los principios de colores encuadernadas en pergamino”
3. “12 Caballero de la Cruz encoardenados en pergamino”
4. “6 Olivantes de Laura, príncipe de Macedonia, encuadernados en pergamino”
5. “6 Cuatro de Amadís que son seis cuerpos y cada cuarto de Amadís es un cuerpo encuadernados en pergamino”
6. “6 Felixmarte de Arcania y lo que más hubiere salido d’él hasta oy encuadernados en pergamino”.

A estos habría que sumar la traducción del *Caballero Determinado* de Olivier de la Marche (seis ejemplares), *El Verdadero Suceso de la Famosa Batalla de Roncesvalles* de Francisco Garrido de Viena (seis ejemplares), el *Orlando Enamorado* de Boyardo (seis ejemplares), el *Orlando Determinado* de Martín Abarca de Bolea (seis ejemplares) y el *Orlando Furioso*, de Ariosto (seis ejemplares), sin olvidar numerosas de las historias caballerescas breves, que entran dentro de un curioso epígrafe final: “20 resmas de menudencias”, que se piden que “sean de Alcalá o de otra impresión buena”.

Por último, y como dato curioso de la pervivencia de la lectura de los libros de caballerías a finales del siglo XVI, podemos adentrarnos en los informes que se realizan en las visitas a las naos que llegan a América, que dejan constancia no sólo de las cajas de libros que envían los libreros españoles a sus corresponsales americanos, sino también las lecturas de los pasajeros. En muchos de ellos, junto a obras religiosas o edificantes (*Flossantorum*, libros de horas en latín, *Oración y Meditación* de Fray Luis de Granada, libros de rezos o devocionarios), es abrumadora la alusión a “libros de caballerías”, ya fuera de manera genérica o especificando sus títulos: “Amadis de Gaula, Don Belianis, Flos Sanctorum y otros tantos de caballerías, como de devoción y de caxas de libros sin especificar para quien” (1585) o “Fray Luis de Granada, El Caballero del Febo, Amadis de Gaula, Horas y Devocionarios y varios otros de historia” (1599).

Valgan estos ejemplos y estas fechas para mostrar cómo los libros de caballerías castellanos, las historias narradas en sus más de ochenta títulos diferentes, en las centenares de reediciones que siguieron circulando durante el siglo XVII, por más que en esta centuria contemos con los dedos de la mano las ediciones impresas caballerescas (dejando a un lado, claro está, el éxito del libro de caballerías firmado por Miguel de Cervantes con el título de *Don Quijote de la Mancha*), para darnos cuenta del éxito de un género, tanto editorial como narrativo, a lo largo de más de cien años.

3. CLAVES DE UN ÉXITO ANUNCIADO

Estos son algunos datos del éxito de la literatura caballerescas castellana desde finales del siglo XV a las primeras décadas del XVII. Datos de un éxito que no conoció ningún momento de silencio.

Pero, ¿cómo fue posible que un género sobreviviera a los grandes cambios, tanto culturales como políticos, religiosos o económicos que van del Renacimiento al pleno apogeo del Barroco? ¿Qué elementos, qué claves nos permiten comprender la pervivencia de los libros de caballerías, de la que no hicieron gala otros géneros narrativos de la época, que gozaron de un determinado éxito y que vieron su estrella apagarse con el paso de los decenios, como así podemos comprobar con los libros de pastores o

con la picaresca, que encontró en la reescritura barroca del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán en 1599 una segunda vida, después del primer triunfo del *Lazarillo de Tormes* a mediados del siglo XVI?

Algunas de estas claves hemos de situarlas en el plano económico, con esa estrecha relación con el mundo editorial, que ya hemos indicado. En este sentido, resulta más que curioso que, a partir de la década de los años sesenta del siglo XVI, cuando el imperio español de Felipe II ofrece los primeros síntomas de una decadencia económica, que se concretará en las bancarrotas de los decenios posteriores, sean escasas las reediciones caballerescas en suelo hispánico, y sólo centradas en los títulos más exitosos, los que tenían (casi) asegurado un público, como el propio *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo. Ediciones realizadas cada vez en peor papel, es decir, con una menor inversión económica previa. Pero esta escasez de nuevas ediciones caballerescas impresas –que han sido entendidas como un claro ejemplo de la decadencia del género narrativo que no interesaba a una empobrecida nobleza–, en realidad son muestra de la decadencia de una industria editorial que no será capaz de asumir los retos editoriales del momento, como son los nuevos textos emanados del Concilio de Trento (terminado en 1563). A partir de este momento, vamos a ver la recuperación de un antiguo medio de transmisión de los textos caballerescos: la transmisión manuscrita, que nos ha dejado más de una docena de nuevas obras durante este período⁷. Pero esta explicación económica sólo nos ofrece una de las claves para explicar el éxito de un género, que, también por este mismo tipo de razones, mantuvo una forma editorial externa inalterable en su tiempo, desde las ediciones incunables hasta la tercera y cuarta parte del *Espejo de Príncipes y Caballeros* que se imprimió en Zaragoza en 1623: ediciones en formato folio, de una extensión media de 200 folios, impresa a dos columnas y con una portada característica, en que sobresale la figura de un caballero jinete.

Otra de las claves para entender el éxito de los libros de caballerías (y de la materia caballeresca en general) sería la capacidad de comunicación con el boato, el lujo, la diversión y la grandiosidad de las fiestas cortesanas que permitían al poder nobiliario mantener una supremacía que la realidad le iba acortando paso a paso. Entradas triunfales, desfiles, torneos, fiestas celebrando todo tipo de efemérides, nacimientos o bodas reales... se vestían de los atributos de los libros de caballerías y de ellas algunos autores de libros de caballerías obtenían las líneas maestras de su inspiración. En 1570, para celebrar la llegada de la reina Ana de Austria a la ciudad de Burgos, se realizaron varios actos, entre ellos una aventura caballeresca que tenía como intención mostrar un episodio del *Amadís de Gaula*⁸:

Antes que esta fiesta se comenzase, entró en la plaza la segunda merienda, que la ciudad dio a su Majestad, servida por las mismas personas que el día antes la llevaban, tuvo esta merienda doscientos platos, no menos diversos y curiosos, que habían sido los que el día antes se habían servido. Era la traza e invención de la fiesta de aquel día representar una parte de *Amadís de Gaula* de esta manera: embarcáronse en el galeón, dos galeras y fragata la reina Saramira y el príncipe Salustanquidío, y otros romanos, con muy ricos vestidos, tocados y aderezos a la antigua, de tela de oro, terciopelos, y damascos muy bordados de telas, y pasamanos de oro y plata, y los bajeles llenos de caballeros muy bien armados, que después habían de tornear: y así entraron en la plaza, con tan grande triunfo y apariencia que se pudieran muy bien comparar a aquellas Naumaquias, o juegos navales, que los emperadores romanos en el tiempo pasado celebraron, con gastos tan excesivos como ingeniosos. Después de haber estas galeras dado vuelta a toda la plaza y hecho la salva y demostraciones que las galeras suelen hacer en semejantes efectos, llegaron a la ciudad de Londres, que era el edificio que al principio dijimos

7 Véase José Manuel Lucía Megías, *De los Libros de Caballerías Manuscritos al "Quijote"*, Madrid, Sial, 2004.

8 Cito por la "Relación Verdadera del Recibimiento que la muy Noble y muy mas Leal Ciudad de Burgos, Cabeça de Castilla y Cámara de su Majestad hizo a la Majestad Real de la Reina Nuestra Señora, doña Anna de Austria, Primera d' este Nombre, Passando a Segovia, para Celebrar en Ella su Felicísimo Casamiento con el Rey Don Felipe Nuestro Señor, Segundo de este Nombre", Burgos, Felipe de Junta, 1571, según el ejemplar de la Biblioteca Nacional de España: R/4969.

estar arrimado a las paredes de palacio; y habiendo primero entrado un truhán muy bien vestido, que declaraba el propósito de la representación, con un romance muy bien compuesto, estos romanos pidieron al rey Lisuarte y a sus consejeros, el rey Arbán de Norgales y don Grumedán a la infanta Oriana para el emperador Patín, su señor, y en el otorgarla Lisuarte, en contradicción de estos privados y en el cumplir su palabra, con la severidad y firmeza, que aquel libro pinta tener este personaje y en el rehusar Oriana este casamiento, y en los consuelos y esperanzas de Mabilia, y otros personajes le daban, y en estos graciosos entremeses, que en la comedia había, pasaban muy buenas cosas; al fin de las cuales, casi por fuerza, embarcaron en el galeón a Oriana y habiendo alzado las áncoras y partido de la ciudad, descubrieron la armada de las ocho galeras que se decían de la Ínsula Firme, y habiendo sabido esto por las atalayas, que a uso de mar en las gavias andaban, se aparejaron todos al combate, y abordando dos galeras con el galeón, y cuatro con las dos restantes, combatían los caballeros que pare el torneo iban armados, con mucha viveza. A este tiempo se hizo una gran batería y salva de la fortaleza y de más de ciento y cincuenta piezas, que cabe la plaza en lugar conveniente, y a ella muy cercano estaban, que pareció muy bien y muy a propósito de lo que en la plaza había (fols. 52v-53r).

Y no seguimos adelante aunque la fiesta termina con un torneo (“doce a doce”) y fuegos artificiales y nuevos platos para las damas. En esta fiesta encontramos reunidos casi todos las representaciones caballerescas en el mundo real: el recibimiento triunfal (en que destacarían los arcos y demás construcciones efímeras), los desfiles, en que los nobles y los del concejo disputarían por mostrar sus mejores galas, las “invenciones” y torneos (en ocasiones, no faltarían tampoco las fiestas de toros), así como los “entremeses”, las obras de teatro, sin olvidar los fuegos de artificio y los banquetes. Así se hacía en la realidad –a imagen y semejanza de lo leído en los libros de caballerías– y así se narraba, con todo lujo de detalles, en los textos caballerescos.

Y junto a estas dos claves externas al género caballeresco –de tipo económica y de tipo sociológico y político–, no hemos de olvidar la clave narrativa, la feliz fórmula que hace de este género la mejor expresión del género narrativo por excelencia, el que busca –y en el que se hace realidad– la máxima de una “novela total”. Y ya lo encontramos desde el principio, desde el texto fundacional: *Los Cuatro Libros Complidos de Amadís de Gaula*.

A finales del siglo XV, en tiempos no muy lejanos a la toma de Granada por los Reyes Católicos, Garcí Rodríguez de Montalvo⁹, regidor de la bulliciosa y comercial ciudad castellana de Medina del Campo, lleva a cabo la reelaboración de uno de los textos castellanos que más éxito y difusión gozó durante la Edad Media: el *Amadís de Gaula*; escrito a principios del siglo XIV y que durante sus dos primeros siglos de vida llegó a contar hasta con tres versiones diferentes, siendo la última, en tres libros, la que tuvo delante de sus ojos el medinés Montalvo¹⁰. Heredera de las aventuras de la Materia de Bretaña, el *Amadís* medieval se transformó de manera genial abriéndose a los nuevos tiempos renacentistas que vendrían a imponerse a lo largo y ancho del siglo XVI. Obra escrita en la madurez de una vida dedicada a los asuntos municipales. Obra en la que, si hacemos caso a lo escrito por Montalvo en el prólogo a la obra dedicado a los Reyes Católicos, estaban cifradas sus deseos de dejar fama y memoria de sí mismo después de su muerte:

9 Sobre la figura histórica de Garcí Rodríguez de Montalvo, véase el trabajo de Emilio Sales Dasí, “Garcí-Rodríguez de Montalvo, Regidor de la Noble Villa de Medina del Campo”, *Revista de Filología Española*, (79): 123-158, 1999, así como los documentos aportados en la exposición *Caballeros y Caballerías. 500 Años de Amadís de Gaula*, Medina del Campo, Fundación Museo de Ferias, 2008.

10 Para más detalles sobre las vicisitudes del *Amadís de Gaula* medieval, además de la obra de Juan Bautista Avallé Arce, “*Amadís de Gaula*”: *El Primitivo y el de Montalvo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990; puede leerse ahora Fernando Gómez Redondo, “La Literatura Caballeresca Medieval: el *Amadís de Gaula* Primitivo”, In: José Manuel Lucía Megías (ed.), *Amadís de Gaula, 1508: Quinientos Años de Libros de Caballerías*, *op. cit.*

E yo esto considerando, deseando que de mí alguna sombra de memoria quedase, no me atreviendo a poner el mi flaco ingenio en aquello que los más cuerdos sabios se ocuparon [*es decir, los libros de historia*], quísele juntar con estos postrimeros que las cosas más livianas y de menor substancia escribieron [*la ficción, en otras palabras*], por ser a él según su flaqueza más conformes, corrigiendo estos tres libros de *Amadís*, que por falta de los malos escritores, o componedores, muy corruptos y viciosos se leían, y trasladando y enmendando el libro cuarto con las *Sergas de Esplandián*, su hijo¹¹.

Pero Garcí Rodríguez de Montalvo no se quedó tan solo en “corregir” los tres libros dados de *Amadís*, en escribir un cuarto y en ofrecer la continuación de las *Sergas*, que ya de por sí, sería una labor digna de toda admiración y encomio. Garcí Rodríguez de Montalvo fue más allá y supo crear de las “patrañas” medievales (es decir, las narraciones de aventuras caballerescas) un nuevo género: el de la “historia fingida”; un género con apariencia de “historia”, la más digna de las narraciones posibles, la que deja perpetua memoria de sus escritores, pero que narra las aventuras de personajes y no de héroes verdaderos... y para pasar de la “patraña” a la “crónica” se añade al texto todo tipo de consejos y glosas que permite enseñar al que lo lee al tiempo que lo entretiene:

en los cuales cinco libros como quiera que hasta aquí más por patrañas que por crónicas eran tenidos, son con las tales enmiendas acompañados de tales ejemplos y doctrinas, que con justa causa se podrán comparar a los livianos y febles saleros de corcho, que con tiras de oro y de plata son encarcelados y guarnecidos, porque así los caballeros mancebos como los más ancianos hallen en ellos lo que a cada uno conviene (p. 225).

De esta manera, Garcí Rodríguez de Montalvo sigue la estela narrativa de las obras artúricas, obras en que se acogían aventuras de todo tipo de naturaleza, a las que le añade ese ropaje (dorado) de los “ejemplos y doctrinas”, que lo engrandece, que permite una comunicación “directa” con el lector de cada momento. El gusto por las aventuras, el gozo por la ficción, los valores caballerescos que se defienden resultan universales, pero no así los ideales los que se ilustran y enriquecen en cada momento. Y así, de esta espléndida simbiosis entre el “corcho” y el “dorado”, entre lo que puede interesar al joven y al anciano, se descubre la fórmula narrativa genial que dio lugar a un ciclo exitoso y a uno de los géneros literarios más sorprendentes e imaginativos de todo el siglo XVI.

A partir de este momento, las aventuras caballerescas se multiplicaron y los autores terminaron por decantarse por hacer prevalecer uno de estos dos principios. Así, y sin salirnos del ciclo de *Amadís*, contamos con ejemplos de las dos tendencias: desde las más cercanas a una ideología religiosa cristiana, que intenta alejar de la imaginación y la fantasía de los lectores todo el entramado mágico y maravilloso de estos libros, otorgándole especial atención a los aspectos más religiosos y otorgándole mayor protagonismo a ermitaños y obispos tienen en las obras (como el *Florisando* de Páez de Ribera –libro VI– y el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz –libro VIII–); a las propuestas más experimentales, que se irán decantando por primar las aventuras sobre la enseñanza, las estrategias narrativas frente a las ideológicas, como ponen de manifiesto las continuaciones de Feliciano de Silva (*Lisuarte de Grecia* –libro VII–, *Amadís de Grecia* –libro IX–, los cuatro libros de *Florisel de Niquea* –libros X-XI–), el autor que abrió el género narrativo de los libros de caballerías a posibilidades hasta entonces no imaginadas, en que tienen cabida tanto los relatos caballerescos como los pastoriles, tanto las lamentaciones poéticas de amor como los juegos sexuales nacidos del disfraz, de los juegos nacidos por el desconocimiento de la identidad de los personajes... En 1555 se publica en Zaragoza otro de los libros que tendrá una enorme repercusión en la segunda mitad del siglo XVI: la primera parte del *Espejo de Príncipes y Caballeros* de

11 Cito por la edición de Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 223-224.

Diego Ortúñez de Calahorra. En su prólogo ya se hace eco de la disparidad de modelos narrativos que existen a esta altura de su historia dentro del género de los libros de caballerías:

Bien que no es mi intento de loar agora todo el recuaje de libros de caballerías que están escritos, porque no es menos sino que hay algunos que no hay en ellos alegoría ni moralidad alguna de que el lector se pueda aprovechar, compostura ni elocuencia de que se pueda recibir algún sabor, lo cual creo que ha sido causa que cada día crece el número de los poetas¹².

En su texto, su autor sigue de cerca la máxima del *Amadís de Gaula*, ese enseñar deleitando, aunque a estas alturas del siglo, los lectores ya no buscan en estos libros una fuente de información práctica de su vida caballeresca como un medio agradable de entretenimiento, en que se le pueda además dar a conocer algunos principios básicos del universo caballeresco. Así lo indica Diego Ortúñez de Calahorra en su prólogo dedicado a don Martín Cortés, Marqués del Valle:

Y así yo [...] he traducido un libro intitulado *Espejo de príncipes y caballeros*, que es la primera parte de las historias de Trebacio, el cual, de más de parecerme que será agradable su lectura, tiene alguna moralidad que a vueltas de las historias no será tan enojosa cuanto provechosa para el que lo leyere. (p. 16).

Este será el modelo narrativo, el género que querrá rescatar y la plantilla sobre la que escribe Miguel de Cervantes la primera parte de su *Don Quijote*. Lo vemos a cada paso y sobre todo en el capítulo XLVII de la *Primera Parte*, en que, en boca del canónigo de Toledo, que había escrito más de cien folios de un libro de caballerías, defiende el género caballeresco con los siguientes argumentos:

hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, descubriendo naufragios, tormentas, rencuentros y batallas; pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento; [...]

– Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que después de acabada tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho. Porque la escritura desatada d'estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la épica tan bien puede escrebirse en prosa como en verso (p. 478).

Se recuperan aquí, en el magnífico libro de caballerías que es el *Quijote*, algunos de los principios narrativos que habían regido la refundición del *Amadís de Gaula* a principios del siglo XV. Un siglo después, Cervantes le da nueva vida al género caballeresco volviendo a sus orígenes, recuperando algunas de las lecciones mejor aprendidas después de haberse leído la mayor parte de los textos caballerescos accesibles en la época. Un género abierto, una “novela global”, en que para no caer en los desmanes de los libros de entretenimiento caballeresco, los que empezaban a triunfar en los tiempos de Diego Ortúñez

12 Cito por la edición de Daniel Eisenberg, Madrid, Espasa Calpe, 1975, p. 14.

de Calahorra y que serán el modelo que gozará de mayor predicamento en la segunda mitad del siglo XVI, en que ni se guarda la verosimilitud (aspecto esencial en toda historia) ni tampoco se adorna la narración con ningún tipo de enseñanza, sino todo lo contrario. Una buena descripción de estos libros de caballerías de entretenimiento, que nada tiene que vez con Amadís ni con el *Quijote*, la ofrece José de Sigüenza en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, publicada en 1600, y que son muy parecidas a las críticas a este tipo de relato caballeresco en boca del canónigo de Toledo en el citado capítulo 47 de la obra cervantina:

[...] lea libros de caballerías donde todo es encantamientos, gigantes, cuchilladas, marañas de amores, todo lleno de disparates, mentiras mal hilvanadas y mal dichas¹³.

Estas son algunas de las claves que permitirán comprender cómo el éxito del *Quijote* en tierras europeas (primero francesas e inglesas para luego conquistar el resto de Europa) no se basó en su carácter particular, único, en el genio de su escritor, tal y como los escritores ingleses reivindicaron a lo largo del siglo XVII y buena parte del XVIII, sino precisamente porque por aquellos años se seguían difundiendo, traduciendo, imprimiendo y leyendo libros de caballerías, siguiendo la estela triunfante del ciclo de Amadís de Gaula, por toda Europa. Don Quijote, como caballero andante, triunfó en Europa por encontrar un público habituado a leer las aventuras caballerescas; un público, por otro lado, no olvidemos que disfrutaría de esa imagen cómica que se ofrece del “caballero español”, el enemigo a batir en ese siglo convulso que fue el XVII. Sobre estos hilos habrá que seguir tejiendo el tapiz de la recepción de los libros de caballerías a lo largo y ancho de Europa en los siglos XVI y XVII, dejando a un lado, para siempre, esa perspectiva castellanista que tanto daño ha hecho a nuestros estudios y que ha tegiversado el modo en que debemos comprender el pasado.

APÉNDICE I

Listado de libros de caballerías castellanos (ordenados cronológicamente)

- [1] *Amadís de Gaula* (ciclo Amadís: I-IV) de Garci Rodríguez de Montalvo (h. 1496 → 1508)
- [2] *Baladro del Sabio Merlín* (1498)
- [3] *Oliveros de Castilla* (1499)
- [4] *Tristán de Leonís* (1501)
- [5] *Adramón* (ms. de principios del siglo XVI)
- [6] *Marsindo* (ms. de principios del siglo XVI)
- [7] *Las Sergas de Esplandián* (ciclo Amadís: V) de Garci Rodríguez de Montalvo (1510 → 1521)
- [8] *Florisando* (ciclo Amadís: VI) por Ruy Páez de Ribera (1510)
- [9] *Renaldos de Montalbán* (libros I-II) de Luis Domínguez (1511 → 1523)
- [10] *Tirante el Blanco* (1511)
- [11] *Palmerín de Olivia* de ¿Francisco Vázquez? (1511)
- [12] *Primaleón* (ciclo de Palmerín: II) de ¿Francisco Vázquez? (1512)
- [13] *Guarino Mezquino* (1512)
- [14] *La Trapesonda* (libro III de *Renaldos de Montalbán*) (1513 → 1533)

¹³ Cito por Elisabetta Sarmati, *op. cit.*, p. 170.

- [15] *Lisuarte de Grecia* (ciclo Amadís: vii) de Feliciano de Silva (1514 → 1525)
- [16] *Demanda del Santo Grial* (1515)
- [17] *Floriseo* (libros i-ii) de Fernando Bernal (1516)
- [18] *Polindo* (1516)
- [19] *Arderique* (1517)
- [20] *Clarián de Landanís* (ciclo Clarián: primera parte, libro i) de Gabriel Velázquez de Castillo (1518)
- [21] *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo (1519)
- [22] *Lepolemo (El Caballero de la Cruz)* de Alonso de Salazar (1521)
- [23] *Clarián de Landanís* (ciclo Clarián: primera parte, libro ii) de Álvaro de Castro (1522)
- [24] *Clarián de Landanís* (ciclo Clarián: libro iii) de Jerónimo López (1524)
- [25] *Reimundo de Grecia* (libro iii de *Floriseo*) de Fernando Bernal (1524)
- [26] *Espejo de Caballerías* (libro i) de Pedro López de Santa Catalina (1525)
- [27] *Lisuarte de Grecia* (ciclo Amadís: viii) de Juan Díaz (1526)
- [28] *Espejo de Caballerías* (libro ii) de Pedro López de Santa Catalina (1527)
- [29] *Lidamán de Ganail* (ciclo Clarián: cuarta parte) de Jerónimo López (1528)
- [30] *Florindo* de Fernando Basurto (1530)
- [31] *Amadís de Grecia* (ciclo Amadís: ix) de Feliciano de Silva (1530)
- [32] *Félix Magno* (libros i-ii) (1531 → 1543)
- [33] *Florambel de Lucea* (partes i-ii) de Francisco de Enciso Zárate (1532)
- [34] *Florambel de Lucea* (parte iii) de Francisco de Enciso Zárate (1532)
- [35] *Florisel de Niquea* (ciclo Amadís: x: partes i-ii) de Feliciano de Silva (1532)
- [36] *Platir* (ciclo de Palmerín: iii): de Francisco de Enciso Zárate (1533)
- [37] *Morgante* (libro I) de Jerónimo Aunés (1533)
- [38] *Tristán el Joven* (ciclo de Tristán: ii) (1534)
- [39] *Lidamor de Escocia* de Juan de Córdoba (1534)
- [40] *Florisel de Niquea* (ciclo Amadís: xi: parte iii) de Feliciano de Silva (1535 → 1546)
- [41] *Morgante* (libro II) de Jerónimo Aunés (1535)
- [42] *Valerián de Hungría* de Dionís Clemente (1540)
- [43] *Baldo* (libro iv de *Renaldos de Montalbán*) (1542)
- [44] *Philesbián de Candaria* (1542)
- [45] *Félix Magno* (libros iii-iv) (1543)
- [46] *Cirongilio de Tracia* de Bernardo de Vargas (1545)
- [47] *Belianís de Grecia* (ciclo Belianís: partes i-ii) de Jerónimo Fernández (1545 → 1547)
- [48] *Cristalián de España* de Beatriz Bernal (1545)
- [49] *Florando de Inglaterra* (libros I-II) (1545)
- [50] *Florando de Inglaterra* (libro III) (1545)
- [51] *Silves de la Selva* (ciclo Amadís: xii) de Pedro de Luján (1546)
- [52] *Don Roselao de Grecia* (libro iii de *Espejo de caballerías*) de Pedro de Reinoso (1547)
- [53] *Palmerín de Ingalaterra* (libro I) (1547)
- [54] *Palmerín de Ingalaterra* (libro II) (1548)
- [55] *Floramante de Colonia* (ciclo Clarián: segunda parte) de Jerónimo López (1550)

- [56] *Florisel de Niquea* (ciclo Amadís: xi: parte iv) de Feliciano de Silva (1551)
- [57] *Espejo de Príncipes y Caballeros* (i) de Diego Ortúñez de Calahorra (1555)
- [58] *Felixmarte de Hircania* de Melchor Ortega (1556)
- [59] *Leandro el Bel* (ciclo Lepolemo: libro ii) de Pedro de Luján (1563)
- [60] *Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada (1564)
- [61] *Febo el Troyano* de Esteban Corbera (1579)
- [62] *Belianís de Grecia* (ciclo Belianís: partes iii-iv) de Jerónimo Fernández (1579)
- [63] *Espejo de Príncipes y Caballeros* (ii) de Pedro de la Sierra (1580)
- [64] *Espejo de Príncipes y Caballeros* (iii[-iv]) de Marcos Martínez (1587)
- [65] *Belianís de Grecia* (ciclo Belianís: parte v) de Pedro Guiral de Verrio (ms. de finales del xvi)
- [66] *Bencimarte de Lusitania* (varios ms. de finales del siglo xvi)
- [67] *Caballero de la Luna* (libros iii-iv) (ms. finales siglo xvi)
- [68] *Claridoro de España* (ms. principios del siglo xvii)
- [69] *Clarís de Trapisonda* (fragmento ms. finales del siglo xvi)
- [70] *Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea (varios mss. finales siglo xvi)
- [71] *Filorante* (ms. de finales del siglo xvi)
- [72] *Leon Flos de Tracia* (ms. finales del siglo xvi)
- [73] *Lidamarte de Armenia* de Damasio de Frías y Balboa (ms. de finales del xvi)
- [74] *Mexiano de la Esperanza* (primera parte) de Miguel Daza (ms. de finales del xvi)
- [75] *Polismán* de Jerónimo de Contreras (ms. finales del siglo xvi)
- [76] *Selva de Cavalarias* (segunda parte) de Antonio de Brito da Fonseca (mss. de finales del siglo xvi)
- [77] *Flor de Caballerías* de Francisco de Barahona (ms. de h. 1599)
- [78] *Policisne de Boecia* de Juan de Silva y Toledo (1602)
- [79] *Quijote de la Mancha* (primera parte), de Miguel de Cervantes (1605)
- [80] *Quijote de la Mancha* (segunda parte), de Alonso Fernández de Avellaneda (1614)
- [81] *Quijote de la Mancha* (segunda parte), de Miguel de Cervantes (1615)
- [82] *Espejo de Príncipes y Caballeros* (v) (ms. posterior a 1623)

RESUMO: Os livros de cavalaria constituem uma das bases da indústria editorial hispânica, muito embora a perspectiva castelhanista do seu estudo e análise (desde Clemencín, no século XIX, até os nossos dias) tenha distorcido os dados e as conclusões do seu êxito, difusão e permanência. O presente estudo pretende enquadrar a literatura castelhana em alguns dos seus sucessos europeus (Itália, Portugal e França), para comprovar as linhas mestras da difusão de um gênero que chegou a conquistar a Europa e, sobretudo, a sua sobrevivência editorial, cultural e literária, maior do que supuseram muitos estudiosos, a partir da análise exclusiva da sobrevivência editorial dos livros de cavalaria na coroa de Castela.

Palavras-chave: indústria editorial – romances de cavalaria – sobrevivência – recepção

ABSTRACT: The romances of chivalry constitute one of the bases of the Hispanic editorial industry. However, the Castilianist perspective of their study and analysis (since Clemencín in the 19th century until today) has distorted the facts and the conclusions of their success, diffusion, and permanence.

The present study intends to present the Castilian chivalric literature within the frame of some of its European hits (Italy, Portugal, France), in order to reveal the main lines in the diffusion of a genre that came to conquest Europe and, more importantly,

its editorial, cultural, and literary permanence, greater than what many scholars have supposed, when taking into account the exclusive analysis of the editorial permanence of the romances of chivalry in the Castilian kingdom.

Key-words: editorial industry – romances of chivalry – permanence – reception